

Y diciendo esto, el joven rey tomó la mano del falso senador á su pesar.

—Soy dichoso, monseñor, y bendigo á la casualidad que nos acerca. Quiero que todo el mundo participe de mi gozo. Nunca dudé que vuestra fidelidad me haría el honor de venir á mi fiesta.

Quitaos, pues, la máscara, monseñor, y abrazadme.

Artagnan, como podra comprenderse, se encontró repentinamente sin saber qué hacer.

Sentía que sus piernas temblaban y deseaba que el pavimento se abriera á sus pies para evitarle aquel marato.

Un auxiliar poderoso intervino felizmente para el pobre caballero.

La reina se acercó con la careta en la mano, y exclamó vivamente:

—No os descubráis, señor.

—¿Y por qué, señora? preguntó el rey.

—Porque la máscara es una cosa sagrada y debemos dejar en libertad á este caballero para obrar como le parezca á este respecto. Si este gentil hombre no juzga conveniente descubrirse, sin duda tendrá sus razones. Dejémosle en libertad.

—Es que yo, señores, tengo que ver á mis amigos á cara descubierta.

Hijo mío, piensa en la importancia de las palabras que has pronunciado.

—Ya se ve que sí, señora, y por lo mismo suplico, y en caso necesario, ordeno á monseñor que se quite la máscara.

—Vamos, monseñor, obedeced.

Artagnan dirigió una mirada suplicante á la reina, pero seguramente esta no era la mirada que esperaba

Ana de Austria, porque manifestó desde luego una profunda admiración.

—Vamos, señor, dijo Luis XIV impacientándose, descubridnos, yo lo quiero.

Artagnan no pudo resistir. Obedeció y se inclinó con el más respetuoso de los saludos.

—¿Artagnan! exclamó la reina.

—¿Quién sois? preguntó el rey.

—Sire, Su Majestad lo ha dicho ya. Soy el caballero Artagnan, teniente en las guardias.

El joven rey no respondió una palabra, frunció las cejas, volvió la espalda y se alejó seguido por su madre que le hablaba en voz baja con extremado calor.

—Somos perdidas, acaso esté en el convento, dijo á sus compañeras el dominó que el caballero tomaba por madama Texier.

—Hnyamos, respondieron aquéllas,

Y las tres jóvenes, siemdie de la mano, se deslizaron por el parque y desaparecieron.

### III

Debemos al lector algunas explicaciones.

Hemos visto que el caballero Artagnan supuso con bastante verosimilitud, que aquel baile de máscaras ocultaba algunos proyectos de la reina.

Estos no eran otros que conseguir una entrevista con el cardenal desterrado, sin exponerse á dar la más lijera explicación á los que pudieran haberse inquietado por este asunto, admitiendo por supuesto que de otra manera hubiera podido realizarse su idea.

El negocio de que se trataba era de una gravedad y



una delicadeza tal, que no podía arreglarse epistolariamente: se trataba de la sumisión del enemigo más encarnizado de Mazarino, del cardenal de Retz, quien se continuaba llamando el coadjutor. Su iio el arzobispo de París, vivía aún.

El cardenal había dejado, pues, la pequeña ciudad de Buillon con el mayor sigilo, y su llegada á Pontoise, admitiendo que viniera, debía coincidir precisamente con la hora en que las intrigas del baile tuvieran mayor animación. En cuanto á afirmar que vino directamente á Pontoise, no lo trataremos por cierto, en razón de que Mazarino era no de esos hombres que podemos llamar oblicuos, por los misterios de que rodean siempre sus viajes.

Su partida de Bouillon sólo tenía un tropiezo que estaba bien lejos de conocer y que si hubiera tenido la más lijereza sospecha habría llevado la duda á su corazón.

Tres de sus sobrinas, llegadas de Italia antes de caer en desgracia, y cuya fortuna pensaba hacer, así como la había hecho ya causando á Laura Mancini con el duque de Mercœur, hijo de Enrique IV y de la balla Gabriela—tres de sus sobrinas, decimos, debían acompañarle en su destierro, pero esperando que su instalación fuese completa en Bouillon, Mazarino las dejó en Pontoise bajo la dirección de madama de Venelle, su aya.

Las colocó en el convento de las Carmelitas, bien seguro de que el odio de sus enemigos no llegaría á su familia hasta aquel santo asilo, y admitiendo, cosa poco probable, que ellas no tuviesen jamás la idea de salir.

Acaso él tampoco contaba con permanecer eternamente en Bouillon.

Estas tres sobrinas eran las señoritas María y Olimpia Mancini, hermanas, jóvenes y apiñonadas, de ojos lánguidos y velados, cabellos negrísimos como el azabache, y su prima Ana Maria Martinozzi, á la cual se llamaba la «maravilla de los cabellos rubios.»

De estas tres jóvenes tan remarcables, no sólo por su hermosura, sino por las cualidades de su imaginación, dos de ellas, Olimpia y Maria, se hicieron una necesidad para el rey, el cual partía con ellas sus placeres inocentes, sus juegos, sus bailes, su equitación y aún sus estudios.

A pesar de esta intimidad sin consecuencias, bien pronto habría resultado un sentimiento más tierno que podrá explicar suficientemente el fuego de la sangre italiana si las jóvenes no hubieran sido las sobrinas del cardenal Mazarino, es decir, de uno de los genios políticos más admirados que la historia pueda ofrecer á la admiración de los hombres pensadores.

El rumor del baile de máscaras que debía verificarse para celebrar el santo del rey, atravesó los muros del convento donde, es preciso decirlo, las sobrinas del cardenal no estaban sometidas á ninguna regla, y recibían diariamente muchas visitas; de manera que al saber la fiesta que se preparaba ardieron en vivísimos deseos de asistir. En consecuencia, comunicaron su pensamiento á madama de Venelle.

La buena señora puso el grito en el cielo, y juró que el cardenal se opondría á semejante designio, agregando que consideraba un deber suyo presenciar en lo de adelante sus visitas.

Las jóvenes no insistieron más.

Por un momento tuvieron la idea de solicitar permiso de la abadesa para ir disfrazadas á aquel baile, donde la máscara les garantizaría el completo incógnito;



pero bien que la superiora fuese amiga del cardenal, bien que juzgaran más prudente disimular y fingir que prescindían de su idea, guardaron profundo silencio sobre aquello.

No había tiempo que perder, sin embargo, y la resistencia de madama de Venelle no podía vencerse.

Quedaba una esperanza; esta consistía en la cooperación de Ana María, cooperación tanto más necesaria cuanto que la «maravilla de los cabellos rubios» dotada de un carácter grave, reposada, incapaz de cometer la menor inconsecuencia, serviría de trinchera en el caso de que el cardenal supiera la escapatoria de sus sobrinas.

En efecto, la presencia de Ana María en el baile tranquilizó á Mazarino porque no tenía la misma confianza en las dos hermanas, á quienes no dejaba de acusar algunas veces de bastantes ligeras.

Ana María era incapaz de hacer traición á sus primas.

En consecuencia, tenían absoluta seguridad en su silencio respecto de madama de Venelle, dado caso de que ésta no concediera por último su permiso.

Por otra parte, comprendía muy bien todas las razones que podrían hacerse valer para conjurar la cólera de su tío.

Las dos muchachas tenían decisión de ir al baile, y acompañadas de Ana María quedarían salvadas en un evento.

Mas para ello era preciso hacer preparativos importantes, cosa imposible en el convento delante de la señora de Venelle y sobre todo en la carencia absoluta de todos los artículos necesarios para el efecto.

En consecuencia se decidió, á pesar de la oposición de Ana María, dejar el convento aquella misma noche,

La completa libertad de que gozaban facilitaba evidentemente la fuga.

Sólo era preciso comprar al jardinero, y éste, previa una regular indemnización, facilitaría dos escalas con lo cual se efectuaría todo lo proyectado.

Una vez fuera las fugitivas, fueron á llamar á la puerta de la casita que ocupaba en la plaza de Saint-Maclou maese Texier, escribano, hombre influente en la población, partidario decidido del cardenal, y cuya mujer, fresca y rubia, era de las mejores amigas de madama de Venelle.

Desde luego se les dió á las tres jóvenes escapadas del convento la hospitalidad más franca y cordial y desde que amaneció comenzaron los parlamentarios cerca de la aya, quien ni aun sospechaba lo que había ocurrido en la noche y suponía durmiendo muy tranquilas á las señoritas.

Madama de Venelle no quiso sancionar con su presencia aquella fuga, y se convino en que continuaría ignorándola para lo cual no penetraría en la cimara de las sobrinas en tanto que durara la ausencia de aquellas.

Maese Texier, que era encargado de las negociaciones, dejó á la buena mujer en la mayor perplejidad, preparándose desde entonces á contestar los cargos que debiera hacer el cardenal sabiendo lo ocurrido.

Por su parte, madama Texier se encargó de los preparativos y aun ella misma trabajó en todo á fin de ayudar á las jóvenes refugiadas en su casa.

La hermosa escribana y su digno esposo, recibieron una invitación enviada por M. de Navailles, precisamente cuando apuraban su inteligencia para discutir



el modo de conseguirla; de manera que las cosas caminaban á pedir de boca.

Desde un principio declaró madama Texier que no acompañaría á las señoritas, para de esta manera dejar á su marido en completa libertad á fin de que las atendiera con el cuidado necesario.



Para desorientar á los vecinos que pudieran inquietarse por tantas idas y venidas, sospechando de los entran-  
tes y salientes, se hizo correr el rumor de que aquellas damas eran españolas que venían á París para un negocio cerca de la reina.

Las jóvenes hablaban italiano, y los criados no sacaron nada en limpio.

Una de esas pretendidas españolas fué la que Artagnan

entrevió en la plaza de Saint-Maclou.

La repentina y violenta desaparición de la ventana provenía tal vez de que el caballero, no obstante la mantilla que la cubría, podía muy bien reconocer aquellas facciones que tantas veces lucieron en el Louvre, en el Palacio Real y en la casa de Mazarino.

El lector nos perdonará más explicaciones, acaso mejor que Artagnan ha comprendido todo lo que pasaba en las máscaras, y las jóvenes de los dominós, así como el del traje de senador veneciano no serán un misterio á sus ojos.

Volvamos, pues, al caballero á quien dejamos para hacer los anteriores detalles, en el momento en que el rey le volvía la espalda al encontrarse al caer su careta con un rostro desconocido enteramente, en vez de lo que pensaba encontrar bajo la máscara del senador.

Artagnan por su parte quedó inmóvil, como petrificado, semejante á la mujer de Loth; pero el violento deseo que tenía de salir de la posición falsa y ridícula en que lo colocaba repentinamente el desprecio del rey, le inspiró el pensamiento de buscar á todo trance á la desconocida de los cabellos rubios.

Se lanzó en busca, y sin detenerse en nada, atropellándolo todo, corrió sin descanso hasta la puerta del castillo.

Alcanzó la corte y en medio de ella apercibió en la obscuridad á los tres dominós que seguían huyendo, más no por eso se desanimó.

Cuando las tres damas iban á pasar el umbral, una de ellas se volvió, y con un gesto imperativo, casi rego, dijo con voz firme:

—Señor Artagnan, quedaos aquí, yo lo quiero!

El caballero se sintió otra vez clavado en el suelo y dobló la cabeza ante aquella orden.

Cuando pudo levantar los ojos que instantáneamente inclinó como si una fuerza superior se los sujetara, se encontró solo, corca de los centinelas colocados á la puerta del castillo.

Era un gentil-hombre cabal, esclavo sobre todo de su conciencia, y por lo mismo no podía ni intentar siquiera el contrariar la voluntad de las damas.

Más de un cuarto de hora se paseó por el patio hasta que oyó sonar el reloj del castillo. Entonces se decidió á vagar por las calles de la ciudad.



Llegado á Benteoise, pensó en el vestido del conserjero.

—¡Caramba! exclamó, el pobre sastre está perdido.

Y diciendo esto introdujo sus manos en las bolsas del traje que llevaba.

Sus dedos se estremecieron al contacto de un papel en que tropezaron, y que según el tamaño, no podía ser otra cosa que una carta.

—¡Diablo! se dijo, qué ha olvidado monseñor.....

Y sacó el papel de la bolsa.

Era en efecto una carta cerrada con cera roja, pero cuyo sello cubría con los dedos.

En vano volvía el papel de un lado y otro; era imposible distinguir una sola de las letras de la dirección que naturalmente debía tener.

Por fin llegó delante de una iglesia cuyo nombre le era desconocido, y en aquel momento la luna bañó de lleno la calle, rompiendo las tinieblas en que poco antes estaba sumergida.

Inmediatamente tomó de nuevo la carta y la acercó á sus ojos.

El sobre decía:

«Al señor Denis.—Calle de Quincampoix núm. 26.»

—Bueno, dijo Artagnan: héme aquí obligado á volverme en seguida á Paris, si no quiero caer en el desagrado de monseñor... puede ser que esto... A fe mía, partiré mañana...

Y volvió á guardarse la cartera en la bolsa del senador; pero al hacerlo se escapó de su pecho un grito ahogado: esta vez sus dedos tropezaron no en un papel, sino en un objeto resistente, duro, que guardaba un pedazo de terciopelo.

—Eh! dijo con satisfacción, vaya un encuentro agradable para la ambición de un avaro!

Y el caballero se encaminó hacia el taller del sastre, sin fijarse en que sus pasos eran seguidos por un grupo de hombres bien envueltos en anchas capas.

El día siguiente por la mañana, es decir, el mismo día, puesto que había salido del castillo poco antes de amanecer, despertaba Artagnan en uno de los blandos y excelentes lechos de madama Blanchard al sonar las diez. Se vistió de prisa, en tanto que Champagne, pesaroso como siempre de dejar la cama, procedía al arreglo de la maleta de viaje del caballero.

Cuando el caballero hubo bajado las escaleras de los dos pisos, madama Blanchard, levantada también, no pudo menos de admirarse de ver ya en pie al gentil hombre que se había desvelado la noche entera. Pero éste no juzgó á propósito contestar desde luego á las exclamaciones de la posadera.

—Y bien, madama Blanchard, habéis desempeñado mi encargo?..... ¿Qué tal éxito tuvo?

—Admirable, caballero, admirable. El sastre comenzó á gruñir como un desesperado, al ver que en lugar de la toga le devolvía aquella magnífica sotana de terciopelo negro forrada de raso que me disteis, pero cuando añadí de vuestra parte las diez pistolas, suspiró de dolor aparente, pero de alegría en su interior, y alargando ambas manos se apresuró á tomarle todo, exclamando con aire compungido, que no sabía cómo arreglárselas con el consejero.

—Eso le corresponde á él y no á mí.

—Pero que, partís ya, señor Artagnan? preguntó la posadera.

—Y decidme señora Blanchard, agregó Artagnan que aún no creía deber contestar, examinásteis por vuestra



ventana á los hombres que me siguieron anoche hasta aquí?

—Ah! señor, esperaron mucho tiempo; pero luego uno de ellos se desprendió de los demás y como lo ví torcer hacia Sain Maclón pensé que quería asegurarse de si mi casa tendría dos salidas. En efecto, fui á la ventana de un gabinete que da á ese lado, y á la luz de la luna pude distinguir á aquel hombre que iba y venía por el callejón.

—Bueno!

—No tardó en reunirse con sus compañeros, desapareciendo todos en seguida.

—Muy bien, madama Blanchard. Sin quererlo, os habéis mezclado en un negocio grave, un negocio político!

—¿Yo? ¡gran Dios!

—Como os lo digo.

—Y yo que creía que era el marido de alguna mujer á quien vos cortejábais! Por piedad, señor Artagnan, decidme de qué se trata.

—Sí, buena señora Blanchard, vuelvo á Rueil, donde está mi compañía. Dadme pronto algo de comer, porque no puedo detenerme. Es una orden del rey, y ya comprenderéis....

La posadera corrió á ponerse frente de su brasero.

—Nunca podrá creer el cardenal, pensaba Artagnan, que he continuado mi papel hasta en la calle, y que cuando menos le he librado de un plagio. Felizmente tengo aquí su carta á M. Denis... Por ahora me ha sido contraria la suerte.... He servido á Su Eminencia, pero he desagradado al rey.

El caballero se sentó á la mesa, de bastante mal humor, y permaneció insensible ante el apetitoso almuerzo que la señora Blanchard puso antes sus ojos. Como

aquella insensibilidad se prolongaba bastante, ella llamó su atención tocándole ligeramente el hombre.

—Señor, le dijo, ¿no sabéis la noticia que me ha dado la criada, cuando estaba disponiendo vuestro almuerzo?

—Decídmela y lo sabré.

—No ignorais que el señor cardenal tenía á sus sobrinas en el convento de carmelitas. Pues bien, esas señoritas han dejado esta mañana aquel asilo.

—¡Bah! exclamó Artagnan con una ligera sorpresa.

—Partieron en carroza para..... no sé para donde, pero es al extranjero.

—¿A Bouillon tal vez? contestó el teniente.

—Eso es, á....

—¡Vaya una simpleza! van á reunirse con su tío.

Artagnan corrió maquinalmente y en seguida salió á la puerta con intención de esperar allí á que Champagne lloviera los caballos; pero cuando ponía el pie en la calle vió abrirse la ventana del primer piso de la casa de maseo Texier y una joven primorosa, rubia y riente como una primavera, se asomó al balcón.

La vista de aquellos cabellos lo trastornaron completamente: no se engañó su imaginación.

La mujer que ahora tenía delante de sus ojos, no era otra que la del baile de la noche anterior.

Un remordimiento vino á lastimar su corazón por haber dejado escapar el secreto de su profundo amor, alegrándose de no haber dicho el nombre de la mujer que ocupaba su mente.

Quiso asegurarse de si realmente aquella rubia era la misma del baile, y dió algunos pasos hacia la casa del escribano, cuando pudo advertir la mirada fija que le dirigía madama Texier. Juzgó convenientemente, y como ya no podía dudar que la hermosa notaria era la



misma desconocida del baile de la reina, le dirigió el saludo más cortés.

Pero en ese momento apareció maese Texier detrás de su mujer, mostrando una fisonomía muy irritada, y el asombro que esto produjo en ella la hizo soltar una rosa que tenía entre las manos.

El caballero presumió con bastante fundamento, que aquella torpeza era cometida en su favor: así es que creyó de su deber—porque hay que advertir que Artagnan era extremadamente galante con las damas—levantar aquella flor, precursora tal vez de una intimidad mayor y de una ventura envidiable. Además, recordaba haber aludido en el baile á aquella flor.

—Vamos, se dijo, dirigiéndose hacia la rosa, era ella, es evidente. . . . Esto es caer del cielo á la tierra. . . . No se puede negar que es hermosísima; pero . . .

Cuando se inclinaba para tomar la rosa, alguno más ágil se la arrebató.

—¡Navailles! exclamó Artagnan.

—Si, querido mío, me alegro de encontraros. ¿Cómo que somos rivales? añadió el capitán, aspirando la flor.

—Mi querido Navailles, guardad esa rosa, no os la envidio ni quiero disputárosla. Madama Texier es admirable, pero me haceis un gran servicio interponiéndolos entre ella y yo!

—¿Os haceis el pretencioso, eh? dijo Navailles, soltando una carcajada.

—Navailles, mi corazón está ocupado por otra parte, y marchó ahora mismo para Rueil.

—¿Y?

—Inmediatamente.

—Supongo que no querréis explotar el mal humo

del rey, respecto de vos, para pasaros á los príncipes?

—Eso será según.

—¿Eh? . . . ¿Qué decís, Artagnan?

—En todo caso estaré en buena compañía.

—¡Pero el cardenal os estima!

—El cardenal es un ingrato. Hasta más ver, Navailles.

Y después de estrecharle la mano, Artagnan dejó al capitán de las guardias al pie de la casa de su idolo: volvió á la posada de la madama Blanchard, montó á caballo y tomó al galope el camino que la víspera había recorrido al paso. En Rueil se informó de que su presencia en la compañía no era del todo necesaria, merced á la rigidez con que M. Puyferrat hacía el servicio. Así es, que siguió á París.

Acababa de sonar las cuatro, cuando se presentó á la puerta de San Honorato, cuyo puente levadizo estaba echado. Champagne, su hambriento y dormilón criado, lo acompañaba siempre.

En aquella época extraña y durante las muchas suspensiones de hostilidades entre dos partidos, no podía sorprender que un oficial bien conocido como partidario de la causa real, ó de la de Mazarino, intentase entrar á París donde dominaba completamente la facción de los príncipes y del parlamento disidente. Frecuentemente la contraseña no era más que una formalidad vana en tanto que no obscurecía. Artagnan hizo llamar al oficial de guardia de aquel puesto, por medio del centinela, después de apearse de su cabalgadura.

—No entiendo, replicó el soldado.

—¡Buena! se dijo el caballero, estamos en un país enemigo: no entraré hoy.

E iba á resignarse á volverse para ir por otra puerta rodeando los fosos, cuando recordó el negocio que lo llevaba.



—¿Y la carta que llevo para M. Denis? ... ¡se dijo, Caramba! Si dilate en entrar, se cambiará la contraseña y llegará la noche. Es preciso penetrar á todo trance.

—¿El oficial? preguntó al centinela, en español.

—El soldado dió una palmada, y poco después salió un sargento de una especie de barrera que servía de cuerpo de guardia.

—Señor, deseo entrar, le dijo Artagnan, siempre en español y acompañando sus palabras con una amable sonrisa.

—Decid la contraseña respondió el sargento torciendo un cigarrillo entre los dedos.

—«Jerónimo y Burdeos», contestó Artagnan.

—No es esa, respondió el sargento con flema.

—Cómo, ¿qué no es Jerónimo y Burdeos?

—No, señor.

—¡Vaya, una cosa original!

—Esa era hace una hora. Pero de orden de los príncipes se cambió ahora ha poco.

—¡Oh! pensó el teniente, estamos bien... Sin embargo, añadió, no hará una hora que he salido de París y no podía suponerme.....

—Pues no entraréis, respondió el español sacando un eslabón de sus calzones.

—¿Lo creéis?

—No entraréis, os digo.

Y el sargento entró en la barraca haciendo uso de su eslabón con la mayor sangre fría.

Peró Artagnan tenía la firme resolución de entrar á París á todo trance y nada le importaba el mosquete del centinela. Aprovechóse, pues, de la negligencia con que éste tenía su arma, y asiéndola vivamente, se la

arrancó y arrojándola al foso logró abrirse paso sin riesgo.

De una ojeada comprendió Champagne la maniobra y franqueó el umbral envolviendo al centinela entre los pies de su caballo. Pero en ese momento salió el sargento del cuerpo de guardia, y con él seis soldados. Aún tenía Artagnan la espada en la vaina, cuando seis espadones se dirigieron á su pecho.

Rápido como el rayo, y mientras Champagne se alzaba con los caballos, Artagnan hizo un movimiento terrible de molinete, de manera que parecía más bien que los soldados trataban de impedir la salida y no la entrada. Tal fué el terror que se apoderó de ellos y la situación en que quedaron por aquel recurso del teniente.

Ya en la barraca, Artagnan recibió un rasguño en la mano derecha y se disponía á salir de allí cuando se encontró rodeado por otro grupo de hombres armados que acababa de arrollar al sargento y avanzaba hacia la puerta de San Honorato.

En vista de aquel refuerzo y en la imposibilidad evidente en que se encontraba de hacer retroceder á aquel mazarinista endiabrado, porque lo suponía de ese partido, gritó á la tropa, todavía lejana:

—Impedid el paso á ese rabioso, señores vecinos!

Y á los suyos:

—¡Anda, escopetas!

Todos los soldados españoles se precipitaron al cuerpo de guardia, y cuando salieron armados cada uno de un mosquete, se sorprendieron de ver al caballero en conversación con los vecinos de quienes esperaban tanto bien y una poderosa ayuda.

En efecto, Artagnan reconoció desde luego al jefe de la patrulla, y se precipitó en sus brazos.



—¡Querido señor Pluchet! exclamó, ¡vos aquí! ¿espero que me dejaréis pasar, no es cierto?

—Eso será según, señor, respondió el obeso vecino dando á sus palabras cierto aire de gravedad. ¿Tenéis la contraseña?

—Sin duda: «Jerónimo y Burdeos.»

—Pues bien, entonces por qué os impiden la entrada estos españoles?

—Porque pretenden que no es esa la contraseña.

—¡Vaya una cosa curiosa! exclamó M. Pluchet frunciendo sus espesas cejas entrecanas.

En este momento salían los españoles con sus escopetas.

—Dejadme, dijo el vecino avanzando hacia los soldados, con los cuales sus compañeros le vieron bregar como un diablo; pero el hombre, que era esclavo de la disciplina militar, dobló la cabeza y mandó avanzar á sus acompañantes desde que supo que la contraseña se había cambiado de orden de los príncipes.

Su intención no era otra que hacerlos entrar en el cuerpo de guardia, donde permanecerían todos prisioneros hasta que un oficial viniera á ponerlos en libertad; pero Artagnan comprendió aquella idea y no obedeció la intimación. En consecuencia, y desde que los vecinos recibieron la orden de marchar adelante saltó sobre el caballo que Champagne le tenía por la brida.

—Carísimo señor Pluchet, gritó, voy á enviar un oficial de M. de Conde para que os liberte.

—Fuego, ordenó en seguida el sargento que no tenía las iragaderas del obeso vecino jefe de la ronda.

Los españoles apuntaron con sus mosquetes, pero Artagnan y Champagne estaban ya lejos. En cuanto á los de la ronda, al ver el movimiento de los soldados, se tendieron boca abajo; de manera que las balas pasaron

encima de ellos y fueron á aplastarse en los muros de las casas inmediatas, rompiendo algunos cristales, no sin asombro de los habitantes de esas casas.

Una vez fuera de peligro, Artagnan se dirigió inmediatamente hacia su habitación, después de poner en manos de Champagne la carta hallada en el vestido del veneciano, con orden de que la llevara desde luego á su título, es decir, á la calle de Quincampoix.

—Pero, señor, exclamó Champagne, pensad al menos que tenéis toda la mano ensangrentada.

Artagnan se la envolvió en su pañuelo.

—Esto no es nada, dijo, estad tranquilo, pues no me impedirá ir esta noche á la casa del Coadjutor.

Pero inmediatamente añadió, acaso para corregir la frase:

—Si yo no hubiese hecho eso, el cardenal me tendría por un malandrín y no estoy acostumbrado á que se me trate de ese modo.

La mañana del día siguiente encontraremos á Artagnan acostado en el lecho, bastante delgado por cierto, adornando la alcoba de una cámara situada en el primer piso de una casa estrecha de la calle de Arceis. Está entregado á un sueño profundo, según se puede juzgar por la calma de sus facciones, á pesar del sol que entra en la habitación.

Aquella cámara hacía parte de un departamento compuesto de dos piezas principales, de una antecámara de los cuartos de servicio indispensables.

Una de aquellas piezas servía de sala y daba á la calle, la otra, más pequeña todavía, era la recámara, y comunicaba por un corredor estrecho, cuyas altas paredes pertenecían á las casas inmediatas.



A cosa de las siete de la mañana de ese día sonaron en la puerta golpes secos. Champagne se ocupaba en limpiar las magníficas botas de montar del caballero, y á aquel llamamiento suspendió su tarea y fué á abrir.

Un hombrecillo rubio, flaco y de modales ordinarios, se presentó á la vista de Champagne, y entró con resolución en la antecámara.

—¿El señor teniente está visible? preguntó.

—Eso será según, respondió insolentemente el lacayo encarándose con el recién llegado, cuyos vestidos raídos no denotaban un personaje de alta importancia.

—Lo estará para mí, replicó con no menos insolencia el joven, campaneándose sobre el talón izquierdo y adelantando la otra pierna.

El lacayo parecía subyugado y con la mirada quería interrogar el motivo de aquella visita inesperada.

—He aquí de lo que se trata. Vine ayer á estas horas y me encontré con la puerta cerrada, pero el buhonero de abajo á quien me dirigí á falta de portero, me aseguró que si M. de Artagnan volvía, estaba en su casa hoy, y podría yo desempeñar mi negocio.

—¿Y cuál es ese negocio?

—Es una cosa bien común en la casa de un teniente de los guardias.

—Pero explicaos.

—Esperad, amigo mio.....¿no os dignaréis decirme vuestro nombre?

—Champagne.

—Diablo de nombre! Por cierto que es el de un vi-  
no que aprecio bastante,

—Y yo también, respondió el criado acariciando sus labios con la lengua.

—Pues bien, querido señor Champagne, añadió el joven, quien según se ve, era propenso á la familiaridad, se trata de un billetito.

—¿De amor?

—Pues ¿por quién me tomáis? es un billete por cobrar.

—¡Por cobrar! exclamó Champagne, pues entonces decididamente ha salido mi amo.

—¿Qué decís?...

—Que el señor no está en casa.

—Un instante, querido mio, hace cinco minutos me habéis dicho que el señor oficial estaba visible.

—No he asegurado tal cosa; he dicho solamente cuando me dirigisteis la palabra que eso sería según.

—Y he comprendido que para mí lo estaría.

—Pero es que á mi amo no hay quien le cobre.

—¡Peste! qué sabéis vos.

—Conozco todos sus negocios, y entendedlo, mi amo no tiene deudas.

—Apruebo su prudencia; no se atreverá á negarme su firma.

—Su firma!

—Esperad, mi querido señor Champagne, voy á probar que soy incapaz de suponer una cosa que no sea cierta. Para ello os bastará fijar los ojos en este pape-  
lito.

Y diciéndolo, el joven sacó de la bolsa un papel amarillo que denotaba una venerable antigüedad.

—Con cuidado, añadió, porque está muy delicado ya.

—Cierto que es la firma de mi amo;.....pero ¡gran Dios!...



—¿Qué ocurre? preguntó el hombrecillo.  
 —Que me espanta la fecha.  
 —Sí, en cuanto á la fecha es un poco absurda; pero....  
 —Este pagaré, repuso el lacayo, se remonta á once años atrás.

—Ni más ni menos.  
 —Y no me causa admiración el que mi amo no lo recuerde.

—Ya veréis querido amigo, guardad el respeto debido á la historia antigua. Conque así no me preciséis á hacer venir á uno de los pasantes de M. Titoneo Désormaix en solicitud de la honra de que se deje ver á su excelencia.

—Es que hay un impedimento.

—¿Cuál?

—Que mi amo está enfermo.

—¿De peligro?

—Ayer recibió una herida, y su situación me inspira la inquietud más grande.

—Sois un servidor excelente, señor Champagne; pero á menos que M. de Artagnan no tenga una fiebre maligna, me veo precisado á insistir.

Champagne comprendió que no valían de nada las excusas, y abrió la puerta que conducía á la recámara.

## IV

Champagne despertó al teniente con los más grandes miramientos. Este no pudo menos de asombrarse de lo que ocurría, pues en veinte veces, diez y nueve tenían que trocarse los papeles, puesto que el amo era quien estaba precisado á despertar al criado.

—Y bien, señor caballero, cómo os encontráis?

—Muy bien, amigo mío.

—¿El caballero no tiene nada de fiebre?

—No lo sé.

—Si el señor me permite....

Y Champagne se apoderó del brazo de su amo y se puso á pulsarlo con la gravedad propia de un facultativo.

Artagnan sonrió y sin poderlo impedir, no pudo disimular un movimiento de impaciencia cuando Champagne empezó á retirar con infinitas precauciones, las vendas, trapos y compresas que envolvían por completo su mano derecha.

—¡Dios sea loado! exclamó el cuidadoso Champagne con la satisfacción más viva, descubriendo un arañazo cerrado ya admirablemente.

—Y bien, Champagne, ya veis que esto no es nada.

—¡Ah, señor! pero todavía se necesita mucha prudencia y esmeradas atenciones.... Se han visto heridas muy insignificantes en apariencia, tomar después unos síntomas espantosos!....

Artagnan agitó su mano ó hizo jugar sus dedos hasta hacerlos sonar, lo cual arrancó un grito de espanto al buen Champagne.

—Dejadme dormir, Champagne, eso será mejor.

—Pero es el caso que ahí está un individuo que insiste en veros. Un joven pasante de procurado.

—Ah diablo, hazle entrar.... mal negocio....

—Sí, señor, pero no extendáis tanto el brazo, es lo suplico.

—Dejadme, no me impacientéis con vuestros ridículos cuidados.

—¿Pero tenéis ánimo de pagar el documento que trae?